

PRÓLOGO

Este trabajo es el resultado de varios años de investigación sobre Modesto Lafuente y Zamalloa, escritor, periodista, historiador y político español del siglo XIX. Sus primeros frutos fueron la tesis doctoral que la autora defendió en el año 2006 en The Ohio State University bajo la dirección del profesor Salvador García Castañeda, conocido especialista en el campo de la literatura del siglo XIX. Posteriormente se publicó en la página web de la Biblioteca Virtual Cervantes en 2009, bajo el apartado de tesis doctorales. El presente libro se basa en aquella investigación y otros estudios sobre Lafuente publicados a lo largo de estos años.

En el año 2010 fui invitada por el ayuntamiento de Mayorga del Campo en la provincia de Valladolid a dar una charla sobre Modesto Lafuente, quien tenía propiedades en aquella localidad y solía pasar temporadas en ella. Algunos de sus descendientes viven aún en Mayorga y con motivo de mi visita tuve la ocasión de conocerles y de ver carpetas con documentos que pertenecieron a Lafuente, de los que destaco una voluminosa correspondencia¹. La familia guarda aún parte de la biblioteca de Lafuente, así como el manuscrito de la *Historia General de España* de la que sólo pude ver unos cuantos volúmenes. Desde entonces, a pesar de mi deseo de catalogar y estudiar tanto la biblioteca como la correspondencia del autor, todavía no he logrado el permiso necesario para iniciar este valiosísimo proyecto.

Creo que este estudio sobre el periódico *Fray Gerundio* es un primer paso para rescatar a este gran escritor del olvido literario al que se ha visto

1. Marcelino Tobajas, el único biógrafo de Modesto Lafuente que he encontrado, habla en su tesis doctoral de 1974 aún sin publicar, sobre los documentos de Lafuente que sus bisnietas le enseñaron. Ignoro si esos documentos son los mismos que la familia tan amablemente compartió conmigo. Si son los mismos tampoco pudo Tobajas catalogar los documentos y biblioteca de Lafuente, o por lo menos no he encontrado en su libro ninguna referencia o relación sobre los papeles que dice la familia le enseñó. Insisto en que saber el contenido de esas carpetas sería de gran valor para entender más sobre la vida de este gran escritor, y espero que algún día este proyecto se pueda llevar a término.

relegado. Ha sobrevivido su monumental *Historia General de España*, pero para entender a Lafuente hay que tener en cuenta su evolución literaria desde que empezara a escribir artículos satíricos y de costumbres en 1837 para no tener una visión fragmentada y errónea de su carrea y sus logros².

Este proyecto no habría sido posible sin el apoyo y consejos de Salvador García Castañeda, amigo, maestro y mentor que ha seguido y alentado mis trabajos de investigación con interés y generosa dedicación. Quisiera también agradecer a Enrique Rubio Cremades y M.^a Ángeles Ayala su inestimable ayuda que ha hecho posible que este proyecto vea la luz. Especialmente agradezco a la decana de Coe College Marie Baehr el apoyo y confianza que ha depositado en mis proyectos de investigación desde mi llegada al Departamento de Lenguas Modernas de esta institución.

Mi agradecimiento también a Rubén Martín Misas y a su familia por facilitar el encuentro con los descendientes de Modesto Lafuente y por su generosa ayuda a lo largo de estos años de amistad que se inició en The Ohio State University, así como aquellos familiares de Modesto Lafuente, que me recibieron tan amablemente en Mayorga.

Y muy especialmente a mis padres y a mi hermano por su amor incondicional y constante confianza en mí durante estos años, y a todos los seres queridos que de alguna manera u otra han padecido las quejas, lamentos, frustraciones y éxitos de este proyecto.

2. «Este tipo de discurso conservador y legendario ha llevado a que se tache a Lafuente de escritor de derechas y, en el peor de los casos, de fascista. Tampoco ayuda que durante la guerra civil española hubiera en León un general Lafuente quien se supone que delató nada más y nada menos que al abuelo del que fuera presidente del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero. Esto ha dado pie a que en nombre de la memoria histórica se quiera sustituir el nombre de la calle de Modesto Lafuente por el de otro intelectual más en sintonía con el gobierno hasta entonces militante. En un artículo publicado el 18 de julio en el diario de León se anuncia que el ayuntamiento pretende cambiar el nombre de una veintena de calles con motivo de la Ley de Memoria histórica que exige a las administraciones públicas a «tomar las medidas oportunas para la retirada de escudos, insignias, placas y otros objetos o menciones conmemorativas de exaltación, personal o colectiva, de la sublevación militar, de la Guerra Civil y de la represión de la dictadura». Entre ellas se encuentra la calle Modesto Lafuente, lo cual no deja de sorprendernos teniendo en cuenta que éste murió en 1866. El periódico admite que la lista no es del todo rigurosa ya que en el caso de la calle Modesto Lafuente entre otras, «aunque dedicadas a personajes de la extrema derecha, fueron aprobadas mucho antes de la Guerra Civil». Sobran las palabras. Pero no podemos evitar plantearnos con Foucault que el saber la verdad, o en este caso el ignorarla, puede cambiar al individuo y en el caso de Lafuente, salvarlo del ultraje histórico de nuestros contemporáneos», (Fuertes-Arboix «Des-conocimiento y poder: la verdad sobre Modesto Lafuente», *Critica Hispánica*, junio 2012)

INTRODUCCIÓN BAJO EL YELMO DE MAMBRINO

«—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? —dijo don Quijote—. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ése es el yelmo de Mambrino —dijo don Quijote—. Apártate a una parte y déjame con él a solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura y queda por mí el yelmo que tanto he deseado».

Don Quijote de la Mancha, I, XXI.

La verdad la hacemos entre todos, pero la mera verdad, es que la verdad no existe. La verdad es que Don Quijote creyó que la bacía de barbero era la que ganó Reinaldos de Montalbán matando al rey moro Mambrino, y verdad es también que Sancho veía que se trataba de una vulgar bacía de barbero. Don Quijote razona y explica el mundo que ve y lo presenta como verdadero, y aunque sepamos que se engaña así lo aceptamos. La autenticidad, la certeza son, pues, una creación artística, no una cualidad de las cosas, y en las obras de arte, verdad y certeza son posibilidades que no se pueden demostrar porque sólo son propuestas que nos ofrece el artista.

Esta ambigua relación de la obra artística con lo verdadero abarca todos los ámbitos de la cultura y la sociedad. Así, lo que no se sabe con certeza se puede interpretar con historias ficticias protagonizadas por personajes literarios o artísticos, sin dejar por ello de ser plausibles, como sucede con la historia. Cualquier historia de cualquier país está plagada de mitos que explican conceptos sencillos como el origen de los colores de la bandera, o más complejos como la falta de libertad, el carácter de un pueblo, las características raciales o la ausencia de una historia y de una identidad propias.

Un mito es una raíz, una boca de sombra, un eco fosilizado. Un mito es como un hombre que habla en sueños, lúcido y sonámbulo... La *suprema ficción*

que en la antigüedad el poeta interponía al horror que le inspiraba lo desconocido o la invención que hizo brotar la Europa de las naciones en el siglo XIX. Los mitos se entretejen, tejiendo y destejiendo el tapiz de la historia, entre disputas teológicas, *delirios de progreso, sueños racionalistas y recuerdos de esperanzas*. Los mitos no son falsas creencias acerca de nada, sino creencias en algo, *símbolos* santificados por la *tradición y la historia*. Los mitos son hechos de *nostalgia*, creaciones contra el *absolutismo de la realidad*. Fábulas, según el diccionario de la lengua española, predominantemente de carácter religioso o relatos que desfiguran lo que es una cosa y le dan *apariencia* de ser más valiosa o más atractiva. (García de Cortázar 9, el subrayado es mío)

Con la creación de mitos se tapan, se eluden o se suprimen vacíos históricos relativos a una comunidad. La imaginación, máscara de la realidad, es la encargada de destruir y re-construir historias verosímiles para ensalzar y enorgullecer al pueblo: el pasado se re-escribe y describe para explicar el presente y justificar el futuro. Y al fin, la historia no deja de ser una propuesta que se considera durante siglos como verdadera y a la que se añaden y suprimen acontecimientos dependiendo de la interpretación que el colectivo le quiera dar.

El siglo XIX es un marco idóneo para la mitificación de la historia; los países buscan en el pasado relatos de vidas heroicas e interpretan las victorias o las derrotas de antiguos reyes como signos inconfundibles de tiempos épicos que han de volver. La entidad nacional es un largo proceso de formación que suele empezar en el medievo y que se explota en el romanticismo como inherente al concepto de nación, «la nación es un hecho cultural del que se derivan consecuencias políticas. La nación es definida como una entidad cultural impelida a actuar como entidad política. La cultura se convierte en la base esencial, y única, de la diferenciación nacional» (Pérez Vejo 46).

Uno de estos sabios encantadores del siglo XIX, como le llamaría Don Quijote, fue Modesto Lafuente y Zamalloa, periodista satírico, escritor de costumbres, historiador y político, olvidado casi en la faceta de historiador y del todo en la de periodista, que fue con la que empezó su carrera literaria. Adoptó la sátira como arma con la que describir la historia sórdida de la España de la primera guerra carlista, y es quizás junto a Larra, el que nos ha dejado mejor testimonio de los desajustes sociales y políticos de ese periodo.

Como historiador dedicó los últimos años de su vida a la publicación de la ingente *Historia General de España*, precisamente con el propósito de rescatar de la nostalgia una idea mítica de España que no se encontraba en el presente caótico al que pertenecía. Sátira para destruir y destapar la verdad en toda su complejidad; historia para inventar y justificar la realidad que ya no puede cambiar.

Modesto Lafuente empezó su carrera literaria en el año 1837 con la publicación de *Fray Gerundio*, un semanario político y satírico que le dio fama inmediata. En política fue liberal moderado porque en la ideología de aquel partido veía posibilidades de hacer viables los planes de desarrollo económico, social y cultural del país. A sus actividades de político y de escritor hay que añadir, como mencionábamos anteriormente, la ingente tarea de escribir una *Historia General de España*, la primera hecha por un español en el siglo XIX y de la que iban a aprender generaciones posteriores hasta bien entrado el siglo XX. A pesar de ello, su polifacética carrera de literato y político ha sido silenciada por el tiempo. Lafuente es uno de los mitómanos que ha tenido España, un visionario que entendió muy pronto lo imposible de vencer a la realidad, pero también, lo fácil que es hacerla más comprensible para sus contemporáneos a través de la sátira del *Fray Gerundio*. Siguió su carrera literaria intentando comprender el mundo al que pertenecía y para hacerlo siguió utilizando la sátira: destruir, criticar la realidad, a la vez que construir alternativas para la mejora del país. Inició un viaje por Europa al que dedicó dos volúmenes en los que contrasta los avances tecnológicos europeos con el retraso español, sugiriendo las ideas que el gobierno debería implementar¹. Posiblemente fuera este viaje el que le animó a querer aplicar reformas a través de la política, la única manera viable para intentar un cambio de rumbo positivo para sacar a España del aturdimiento económico y tecnológico en el que se encontraba. Cuando abandona su carrera periodística para dedicarse a la política, Lafuente se deshace también de su lado más crítico y mordaz y deposita toda su esperanza en las nuevas leyes y reformas que se promueven desde su partido. Como político entiende que la sátira no corrige los problemas que afectan la realidad del momento y él mismo se enmienda de los excesos cometidos en las páginas del *Fray Gerundio*. Este auto-olvido de su faceta periodística ha ayudado muy probablemente a que se desconozca hoy en día este perfil del joven Lafuente.

Como tantos contemporáneos suyos, Modesto Lafuente tuvo una sólida educación que marcó el propósito de su obra literaria encaminada a mejorar el bienestar del individuo y consecuentemente el del estado. Bienestar fue sinónimo de felicidad y sólo se podía conseguir mediante la utilización de la razón, instrumento básico para la búsqueda de la verdad. Para los ilustrados la razón estaba en cada individuo y por ello el estado debía potenciar su aplicación mediante la educación. La Ilustración tuvo el propósito de difundir conocimientos a la sociedad a través de la palabra escrita y otros medios como

1. Me refiero a *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Madrid: Establecimiento Tipográfico, 1842.

el teatro y la prensa. Esta última fue el cauce para dar a conocer las nuevas ideas y posibilidades de mejora del país principalmente por medio del ensayo y del artículo periodístico. Rapidez, actualidad y opinión, ingredientes ligados al desarrollo de la prensa en España, que sirve a muchos escritores satíricos como medio de difusión de su rabia y de su malestar. Los periódicos aparecían y desaparecían con la misma rapidez con la que se publicaban los artículos satíricos, y muy pronto los gobiernos vieron en este medio un fantástico poder del que valerse para divulgar sus ideas. Hacía falta controlar a los «sabios encantadores», a los maestros de las palabras que podían perjudicar sus ideales políticos influenciando a la opinión pública.

Modesto Lafuente creyó en la razón como instrumento básico para liberar a la sociedad de la obediencia ciega a la autoridad: «la libertad pública estimula la libertad privada porque, según Kant, todo individuo acogerá naturalmente su autonomía de juicio si las condiciones externas se lo permiten» (Borradori: 2003: 87). Pero las condiciones externas en la España de finales del siglo XVIII y principios del XIX no contribuyeron al desarrollo de la libertad pública y, evidentemente, mucho menos a la de la libertad privada. El siglo termina con el miedo, en todas las monarquías europeas, provocado por los sucesos de Francia que culminaron con la muerte del Rey Luis XVI en 1791, y que determinó en España la rígida censura de la prensa. El siglo XIX empieza con la ocupación militar del país por Napoleón. La guerra de la Independencia ofrece contradicciones internas presentes luego en la política española decimonónica. Aunque en principio todos luchan contra los franceses para defender la independencia de España, en realidad están luchando por cosas distintas: unos luchan por conservar la ideología del Antiguo Régimen, mientras que otros lo hacen para establecer las bases de una legitimidad democrática. De nuevo el eterno dilema: ¿Yelmo de Mambrino o bacía de barbero? En este conflicto se empieza a ver claramente que España tiene dos verdades: la de los que quieren mantener las rígidas estructuras del siglo anterior y la de los que defienden las ideas de la Constitución de 1812.

La libertad del individuo como base principal para el desarrollo de la libertad pública se da en España en intervalos de liberalismo hasta la definitiva anulación de la Constitución de Cádiz en 1823. Paradójicamente, los españoles trajeron al rey «Deseado» quien coartó las libertades básicas del individuo y de la sociedad y, además, persiguió a los liberales que habían votado aquella Constitución. Durante diez años hubo silencio y poco más pues el absolutismo de Fernando VII consiguió refrenar a aquellos liberales que habían luchado contra Francia. Modesto Lafuente fue partidario de las ideas de la Constitución cuando era un joven estudiante en el seminario de León; y para buena parte de su generación ser liberal significaba ser romántico porque, «el liberalismo

como actitud política es un invento español acuñado precisamente en Cádiz hacia 1808, y el liberalismo es la actitud romántica por excelencia²» (Marías 18).

El romanticismo de Lafuente se basa en la idea de libertad individual y colectiva de la Ilustración. Lafuente es un romántico porque tiene una enorme sed de lo real, es decir, su realidad se centra en materializar los sueños de hacer de España un gran país en constante desarrollo al igual que las mejores potencias europeas. Pero ese sueño no llega a realizarse nunca, y entonces surge la ansiedad de escritores como Lafuente, al enfrentarse a una España en donde no sólo no hay nada, sino en la que no ocurre nada. Mejor dicho, no ocurre nada más que la guerra y una muy mala administración política y económica. Lafuente aspira a la Felicidad, con mayúscula, ese estado inalcanzable que ha de hacer a la sociedad dichosa y próspera. Y ahí reside su infelicidad: la realidad de España en los años del romanticismo es caótica y los conceptos estéticos del clasicismo ya no sirven o son demasiado limitados para quienes quieren plasmar «todo» lo que les rodea. Lo Bello, el equilibrio, la proporción, la simetría, la limitación..., son categorías anticuadas que no se corresponden con la realidad: caos, desproporción, maldad, fealdad, crueldad... ¿Cómo incluir esa otra verdad dentro de lo Bello? No todo lo Bello agrada, hay otros gustos como el entusiasmo o la admiración que entran en la categoría de lo Sublime³.

El romanticismo abarca también lo grotesco, lo cruel lo feo... lo Sublime, en fin. Para el romántico experimentar lo Sublime es, en cierto modo, experimentar la libertad y esto será, según Valeriano Bozal, una característica de la modernidad, «dos son las razones por las que lo sublime es el concepto

2. Según Marcelino Tobajas, primer biógrafo de Lafuente, éste sintió especial interés por las novelas fúnebres y melancólicas que llegaron a España clandestinamente desde Francia ya en 1822. «Pues una de estas novelitas era la preferida de Modesto, según la carta de su amigo: «Aún me acuerdo de cuando estaba V. leyendo *El Solitario en el Monte Salvaje* sentado en las gradas del público...» Lectura que don Modesto en 1842, recuerda al visitar la tumba de Carlos el Temerario, visita muy ajustada, con nocturnidad y todo, al patrón romántico: «Y agolpáronse seguidamente en mi imaginación las amorosas escenas y extrañas aventuras de Carlos el Temerario» [...] «que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt» (Tobajas 18)

3. «Edmund Burke (...) en unas incursiones al campo filosófico, realizó en 1756 unas indagaciones sobre los conceptos de lo Bello y lo Sublime, estableciendo que lo Sublime no sólo era un grado de belleza, sino una cualidad que difería de la belleza convencional. Y, según su teoría, la fuente de esta Sublimidad era el terror. «Todo lo que es a propósito de cualquier modo para excitar las ideas de pena y peligro, es decir, todo lo que versa acerca de objetos terribles u obra de un modo análogo al terror, es un principio de sublimidad; esto es, produce la más fuerte emoción que el ánimo es capaz de sentir». A partir de estas premisas, Burke deducirá el sublime efecto de la oscuridad, del silencio, de la soledad, de la muerte y de todo el poder destructivo, incluso el sublime efecto de los bramidos de los animales». (Bornay 158-159 en Siguán Boehmer)

central para la modernidad. Primero, porque se configura como alternativa al providencialismo que de una manera u otra había venido dominando la comprensión de la naturaleza y lo hace sin eliminar la que es la nota fundamental de toda comprensión de la naturaleza: la afirmación de su grandeza» (Bozal 57, 1999). Pensemos en cualquiera de las 64 estampas de Goya sobre *Los Desastres*. No hay nada Bello en ellas, en el sentido estético clásico de proporción y armonía, pero superan aquél concepto de belleza y despiertan en nosotros el entusiasmo y la admiración. La guerra es una tragedia y eso es precisamente lo que quiere señalar el artista y para ello lo Bello no sirve, hay que invertir el mundo para mostrar el caos. No es importante que el pintor estuviera allí presenciando las atrocidades de la guerra, eso no les resta verosimilitud. Nos está diciendo que cosas como aquéllas pueden suceder: es una propuesta del artista que aceptamos como verdadera. Lafuente no fue testigo de las atrocidades que ocurrieron en el campo de batalla ni presenció las muertes de los prisioneros, sin embargo, sus artículos nos parecen auténticos y reales. Las propuestas de *Fray Gerundio* fueron aceptadas por el público como verdaderas y, sin embargo, no pertenecen a lo bello: no tratan de agradar o de deleitar, sino que quieren provocar para señalar la realidad en toda su complejidad. Utilizó la sátira para destruir la verdad que el gobierno establece, creando a su vez otra realidad que ofrecía una mejor descripción de lo que sucedía en realidad. La sátira es una propuesta estética que destruye las convenciones artísticas y literarias de lo Bello y crea nuevas formas con las que señalar la desproporción y la injusticia. *Fray Gerundio* causó admiración y sobre todo entusiasmo, y Lafuente consiguió popularidad y fama inesperadas.

Lo Sublime es, como advierte Bozal, un concepto también de la historia y que se deriva de la Ilustración. La historia ya no es de unos pocos sino que debe atender al pueblo como base de la nación; toda la cultura conservada sirve al filósofo e historiador para que pueda descubrir el carácter del pueblo, su entidad. La Historia moderna deja de lado la Providencia y busca en el pasado del hombre las razones de su naturaleza y de la sociedad de la que forma parte. Los ilustrados ven en la Grecia clásica «el espejismo imprescindible para fijar las posibilidades de un destino histórico y marcar su necesidad. Alcanzarlo es la tarea sublime que la modernidad encomienda a la Historia –y esta es la segunda razón por la que este concepto es fundamental: promesa de felicidad futura que legitima tanta miseria presente» (Bozal 59-60, 1999). Para los románticos la literatura medieval se convierte en la época de la historia desde donde parte todo. Claro que en su contemplación, se olvidaron de la realidad social de la Edad Media y sólo quisieron representar la armonía imaginaria que los textos medievales intentan reflejar. Como los ilustrados los románticos interpretaron la historia: que los hombres y mujeres de

la Antigua Grecia o del medievo fueran o no felices no importaba, porque para eso están el historiador, el filósofo y el escritor, para desfigurar las cosas y darles apariencia mucho más valiosa y atractiva. Para Lafuente el determinismo geográfico origina la identidad del pueblo español: los españoles son un solo pueblo porque así lo determina su territorio y, según él, aunque se tienda a la independencia y a la disgregación, acabarán compartiendo un mismo destino y una misma religión.

Utilizó el concepto de lo Sublime tanto para escribir su semanario como la *Historia General de España*. Usó la sátira para interpretar la realidad española de la Regencia: la guerra, el hambre, la violencia, la injusticia, las falsas promesas de los gobernantes, la hipocresía...; así, pudo distanciarse de la realidad para poder verla en toda su complejidad. El escritor satírico nunca pierde de vista aquello que satiriza porque ahí reside su tragedia: para subrayar la realidad hay que entenderla, no de otra forma se puede jugar con ella para mostrar todas sus apariencias. La subversión de la realidad, su reflejo en el espejo cóncavo causa también la risa, pero es un humor que invita a la reflexión.

Como historiador, Lafuente remontó a tiempos inmemoriales la identificación de estado-nación con una evidente función mítica: «la historia como relato sobre los orígenes, como narración del mito fundacional. Cuando la identidad colectiva ya no es la cristiandad sino la nación, el gran relato bíblico sobre los orígenes ya no sirve, se necesita otro alternativo, y es entonces cuando hacen su aparición las historias nacionales» (Pérez Vejo 191). La *Historia General* de Lafuente es eficaz porque ofrece una visión del proceso de construcción de la nación española que tiene en cuenta las necesidades políticas del momento fundamentadas en la unidad política y social de España⁴. Lafuente ofrece una imagen de España destinada desde sus orígenes hacia la unidad nacional y observa como para ello se manifiesta «una ley providencial hacia su progresivo perfeccionamiento» (Pérez-Garzón XCI). Lo Sublime en su concepción de España consiste en considerar la diversidad nacional como propio de la manera de ser español. Lafuente valora las tradiciones locales y la diversidad cultural de España pero como características intrínsecas al hecho de ser español. Pérez Vejo⁵ opina que la actividad política de Lafuente es

4. Los celtas y los iberos son vistos como los primeros *españoles* y considera el nacimiento y expansión del cristianismo «una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor también que se verá hasta la consumación de los tiempos (López Vela 215, en García Cárcel)

5. Entre los trabajos sobre la *Historia General* de Lafuente en el proceso de creación de la identidad nacional y el concepto de España en el siglo XIX., destaco a Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España*; José Álvarez Junco. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*; Tomás Pérez Vejo. *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*; Juan-Sisinio Pérez Garzón. *Modesto Lafuente, artífice de la historia de España*.

continuación de su actividad historiográfica (194) y lo cierto es que explica muchos acontecimientos del presente a través de los del pasado⁶.

Para Valeriano Bozal la imitación impide que seamos como lo imitado (58), y esto explica que la historia en el siglo XIX sea un arma política capaz de crear realidad social, esa «suprema ficción», en palabras de García de Cortázar, que se nos ofrece como verdad. La imitación del pasado es siempre imitación de lo que queremos creer que sucedió y al recrear esa ficción es muy difícil dejar de lado los «delirios de progreso, sueños racionalistas y recuerdos de esperanzas» (García de Cortázar 9).

Poco importa que podamos verificar las investigaciones históricas que hizo para escribir su *Historia General*, lo cierto es que su obra fue una propuesta de acercamiento a la verdad que funcionó. Como advierte Pérez Garzón, «si hubo una virtud exitosa en la obra de Lafuente, ésa no fue otra que la de haber ofrecido la idea de España como una estructura fundamentada en el consenso moral de la pertenencia a una misma nación y, por tanto, de organizarse en un mismo Estado» (XCIV). Lafuente tuvo mucho cuidado en explicar la historia política de España siguiendo un relato dinástico y protegiendo las instituciones, por lo que el concepto de nación es indivisible del de Estado y este concepto de España es el que se sigue utilizando hoy en día en la enseñanza de la historia y ciencias sociales (Pérez Garzón XCIV).

De la misma manera en *Fray Gerundio*, la autenticidad, aunque sea grotesca, es una creación artística que, además de seducir y entretenir, también funciona: se critica a los políticos, se subrayan los errores del gobierno y se recuerdan los problemas que aún quedan por resolver. Modesto Lafuente no espera que sus críticas sean una solución, pero sabe que al menos se leerán dejando en evidencia las ineptitudes de los gobernantes. Paradójicamente, no poder solucionar ni interferir en la mejora del país, hizo que se cansara de criticar sin corregir y que se decidiera a ejercer su actividad intelectual en otros campos como el costumbrismo, la política y la historiografía.

Dice Julián Marías que «el 98 significa un despertar de la sociedad española a la autenticidad. En el 98 las cosas empiezan a ser de verdad, empiezan a ser lo que son, y es lo más revolucionario. Eso abre camino a la creación intelectual, a la creación artística, hace posible lo que he llamado la calidad de página, ese carácter que tienen ciertas obras literarias en las cuales, en una página suelta encontramos un estremecimiento de belleza o de energía o la presencia de una verdad inconfundible» (30, en *Historia Social de España*

6. En este sentido llama la atención la poca importancia que da a Fernando el Católico y la manera cómo ensalza las virtudes y cualidades administrativas de Isabel la Católica, con el claro objetivo de alabar a Isabel II.

siglo XIX). Para Marías el 98 supone una verdad con la que se siente más que nunca el «corazón del autor» en las páginas que escribe; y afirma que a los escritores del 98 nadie les puede quitar el dolorido sentir. Yo creo que todo el siglo XIX es un dolorido sentir, una constante preparación trágica al final del 98. Las reacciones que provocó el Desastre entre los intelectuales españoles fueron un último coletazo romántico, un grito de dolor que anunció Goya en sus *Desastres* y continuó Valle-Inclán en sus esperpentos. Lo cual no quiere decir que entre Goya y Valle-Inclán la creación artística no fuera auténtica: hubo otras posibilidades, otras propuestas de representación del mundo que tampoco eran verdad porque, precisamente, eran propuestas sobre el mundo, cualidades de la cosa (Bozal 104). El intelectual, el pueblo, los políticos nunca creyeron, aunque los acontecimientos históricos señalaran constantemente lo contrario, que España iba a la deriva. Era mejor mitificar el pasado y confiar a la Providencia el destino del país. El intelectual, en la mayoría de los casos, adoptó la postura romántica de mirar hacia un pasado histórico más propicio o se entretuvo en buscar lo auténticamente español en las raíces folklóricas y coloristas del pueblo, lo cual es otra manera de representar el mundo. El escritor «realista» parece señalar el problema, pero también lo literaturiza implicando sólo a una clase social: la burguesía. El intelectual del siglo XIX español se preocupa por reflejar una realidad ficticia, positiva o negativa, propias de su cultura y de la sociedad en que vive. El caos, lo esperpético, la crueldad y la muerte fueron formas de autenticidad con las que desgraciadamente se abre y se cierra el siglo. El espíritu de don Quijote vive en la mayoría de ellos: se ponen el deseado Yelmo de Mambrino por montera y salen a buscar la verdad, esa cualidad artística con la que representar el mundo. ¿Es bacía o es yelmo?, ¿o es baciyelmo?

Los escritores del 98 mitificaron las tierras de Castilla y se apropiaron del dolor de España como si sólo a ellos les perteneciera. También se apropiaron de Larra y se identificaron con su actitud rebelde, su desesperanza y su angustia. Con un tiro en la sien Larra terminó con la espera que acogojaba al amante y la incomprendión intelectual de sus contemporáneos. ¿Puede haber algo más acorde con la actitud romántica? Como escribe García de Cortázar, «los mitos son hechos de nostalgia, creaciones contra el absolutismo de la realidad», y la generación del 98 resucitó a Larra porque vio en él a un maestro y compañero distinguido con el que compartir la preocupación por España. Otros contemporáneos suyos también vivieron el problema de España y sintieron la angustia causada por la impotencia, entre ellos destaca a Modesto Lafuente, quien intentó solucionar ese problema participando activamente en la política del presente o re-creando un pasado heroico que sustituyera la carencia de grandeza y prosperidad.

Al escritor satírico de la primera mitad del XIX le duele España tanto o más que a la generación del 98 y de ahí su frustración y su ira. Cada uno, con la protección de su yelmo, buscó la mejor manera de sentir y reflejar su dolor. Para mí los dos son igualmente auténticos, angustiosos y trágicos. Lo realmente doloroso es que la historia se repita, —que las guerras civiles sean habituales, el hambre una característica intrínseca del país y la inestabilidad política una constante—, y la modernidad parezca, a veces, que acaba de despertar.

* * *

Hoy en día Lafuente es sólo conocido por su monumental *Historia General de España*, que ha relegado a una oscuridad no merecida su trabajo periodístico y costumbrista⁷. Después de suspender la publicación de *Fray Gerundio* en 1842, Lafuente inició un viaje a otros países europeos recogiendo sus observaciones en dos volúmenes bajo el título de *Viajes de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842). Al regresar prosiguió con la crítica política publicando de nuevo *Fray Gerundio* pero el éxito no fue el mismo que en 1837. Esta publicación recibió el nombre de *Fray Gerundio. Era segunda*, publicado entre junio de 1843 a enero de 1844. *Viaje aerostático de Fray Gerundio y Tirabeque* fue publicado en 1847 emprendido para evadir las iras del general Prim⁸. Este viaje en globo en compañía de Mr. Arban dura unas horas⁹. La obra tiene ecos de *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara y de los costumbristas. El *Teatro social del siglo XIX*, publicado entre noviembre de 1845 y agosto de 1846, recoge artículos de costumbres de la vida española vistos desde la perspectiva de Fray Gerundio y de Tirabeque y ofrece una novedad de importancia pues advierte su propósito de apartarse del espinoso terreno de la sátira para dedicarse a un trabajo más serio ya sea histórico o científico. Finalmente en 1848 Lafuente revive de nuevo su *Fray Gerundio* con el subtítulo *Revista Europea*, una revista de periodicidad quincenal de crítica de la actualidad, publicada entre mayo de 1848 y abril de 1849. Colaboró

-
7. Es lógico si tenemos en cuenta que la obra de un escritor se suele juzgar, la mayoría de las veces, teniendo en cuenta su evolución literaria y cómo ésta se manifiesta en los últimos años de vida del escritor. Pero esta valoración supone una omisión de trabajos anteriores, facilitando la creación de perfiles sesgados y malinterpretados, como en el caso de Lafuente.
 8. Sobre el altercado con Prim hablamos en el capítulo 4. Avanzo que en una de sus capilladas Fray Gerundio se refirió al general como Pringue y éste, quien encontró este juego de palabras de muy mal gusto, exigió la reparación de su honor con un duelo, al que Lafuente se negó. Éste solicitó un suplicitorio en la Cortes para que se arrestara al general pero no se le concedió; Lafuente quedó muy desprestigiado y decidió suspender la publicación. Para más detalles sobre este suceso, ver mi artículo «El poder de la pluma y la fuerza de la espada: el final del *Fray Gerundio* (1837-1842)».
 9. Personaje histórico que hacía exhibiciones por España. Ver mi artículo «Costumbrismo al servicio de la sátira: El viaje aerostático de Modesto Lafuente y Zamalloa (1847)»

también en la revista *Las Novedades* fundada en 1850 por Ángel Fernández de los Ríos encargándose de la parte satírica junto con Don Antonio María Segovia, autor de *El Estudiante*¹⁰.

Estudio el semanario *Fray Gerundio*¹¹, periódico satírico desde su nacimiento en León en 1837 hasta que dejó de publicarse en 1842, con la esperanza de incorporar a Lafuente al canon del periodismo satírico y del costumbrismo español, pues le creo merecedor de figurar a la misma altura que los comentaristas políticos y los costumbristas más destacados de su época. Gozó en vida de fama y fortuna y pudo vivir de las letras holgadamente desde el inicio de su carrera periodística.

Mi estudio consta de seis capítulos: el primero sobre el autor, Modesto Lafuente, en el que muestro sus inquietudes intelectuales y políticas. Lafuente fue un joven seminarista que simpatizó con las ideas liberales; un estudiante brillante que incluso llegó a impartir clases estando aún en el seminario, un joven progresista entusiasta y seguidor de Espartero, pero la prolongación de la guerra civil, la inestabilidad política y la crisis económica de España le hicieron inclinarse por los liberales moderados, cuyo plan de gobierno le pareció más viable para solucionar los problemas del país. Lafuente permaneció fiel al partido moderado, llegando incluso a ser diputado por Astorga desde 1854 hasta su muerte en 1866. Finalizo este primer capítulo hablando de su interés por la historia y de su monumental *Historia General de España*.

El segundo es un panorama de la prensa periódica española desde sus inicios en el siglo XVIII hasta la publicación de *Fray Gerundio*, en el que analizo su importancia y su influencia sobre los constantes cambios políticos del período de la Regencia. Relaciono también esa evolución interna de la prensa con el papel de la lectura en España, teniendo en cuenta que durante la vida de *Fray Gerundio* sólo un cuatro por ciento de los españoles sabía leer.

El tercer capítulo es un análisis exhaustivo, de la estructura, forma y contenido de *Fray Gerundio*, que he dividido en apartados para facilitar su comprensión: a) política contemporánea, b) guerra civil, c) crisis económica, d) libertad de impresión y e) relación con la prensa contemporánea. Finalmente incluyo un apartado sobre el costumbrismo en el que examino la utilización

10. En la presentación de *Las Novedades* en el número de 16 de noviembre de *La Ilustración* se anuncia con orgullo la colaboración de Lafuente en el apartado de la sátira. La fama y admiración que había ganado el escritor garantizaba un buen número de seguidores. Ignoramos hasta qué año colaboró en el periódico. *Las Novedades* se publicó sin interrupción hasta 1872 sufriendo «diversos cambios de propiedad y de orientación política, siempre dentro del progresismo, sobrevivió a todas las otras empresas de Ángel Fernández de los Ríos [...]» (María Cruz Seoane: 1983, 203).

11. Para el presente estudio utilicé la segunda edición de *Fray Gerundio* que se empezó a publicar en Madrid en noviembre de 1839 y que consta de quince volúmenes.

por esta publicación de este género tan popular como herramienta para señalar males políticos y sociales

El cuarto examina el costumbrismo en el *Fray Gerundio*, no como objetivo per se de la publicación sino como herramienta a la moda con la que barnizar los artículos satíricos. El siguiente capítulo analiza la concepción estética de la sátira y su idealidad como propuesta artística para señalar la realidad. Trata la concepción de la sátira como una convención literaria ideal en el período romántico según, Rosenheim, Hodgart, Worcester, Paulson, Northrop Frye, Pérez Lasheras, Edward Couhlin, Michael Seidel, Pere Ballart y Wayne Booth.

Finalmente, el capítulo sexto se ocupa de la introducción de grabados en el libro y en la prensa que fue posible gracias al desarrollo de la reproducción gráfica desde principios del siglo XIX y está íntimamente relacionada con el abaratamiento del papel, los gustos del público y las exigencias editoriales. *Fray Gerundio* incorpora ilustraciones que dado el carácter satírico de la publicación se conocen con el nombre de joco-serias. Fue una de las primeras publicaciones en hacerlo y en ella las imágenes dependen del contenido del artículo para ser eficaces y provocadoras. Hay en ellas un propósito caricaturesco y de provocación que incluso hicieron, en una ocasión, que el editor tuviera que enfrentarse a las autoridades. Merecen mención aparte para analizar sus características, por lo que reproduczo algunas de las más significativas. No hay que olvidar que debido al inmediato éxito de la publicación los suscriptores exigieron a Lafuente y a su editor que incluyeran imágenes de *Fray Gerundio* y *Tirabeque*, protagonistas de las capilladas.

Este trabajo representa un pequeño homenaje al hombre que dedicó toda su vida a intentar mejorar la imagen de España a través de la sátira, la literatura de costumbres, la historia y la política. Quisiera reflejar la importancia de *Fray Gerundio* para el estudio de la sátira española decimonónica. Enrique Rubio Cremades advierte que la prensa satírica madrileña en el período romántico es de singular vitalidad e importancia, «publicaciones hoy olvidadas o postergadas que merecen un especial cuidado y atención para poder analizar una parcela literaria –la romántica– desde la peculiar perspectiva satírica» (1995:168). Mi intención ha sido contribuir a abrir esta parcela literaria mediante el estudio de *Fray Gerundio*, con el deseo de animar a otros estudiosos a trabajar el fascinante campo del periodismo satírico decimonónico.